

MIGUEL ANTÓN MORENO

LA MEMORIA DE BORGES

LECTURA, SÍMBOLOS Y FICCIÓN

PRÓLOGO DE FERNANDO CASTRO FLÓREZ



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 39

© Del texto, Miguel Antón Moreno, 2023

© Del prólogo, Fernando Castro Flórez, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-49-5

Thema: DNL, DSBJ

Depósito legal: M-9118-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO. UNA REVELACIÓN	11
NOTA PRELIMINAR	19
I. LA BIBLIOTECA DE BORGES: DEL DONOSO Y GRAN ESCRUTINIO	23
II. LA FILOSOFÍA COMO FICCIÓN Y VICEVERSA	83
1. Borges, ingeniero fantástico	87
2. El caso Tlón y la pragmática	100
3. Mundos ficticios	132
4. Mentira y moral	145
5. Ficción antropológica	161
III. SÍMBOLOS: EL TIGRE PERDIDO Y REFLEJADO	
EN LA MARGEN AFILADA DEL TIEMPO	171
1. Felinos	175
2. Laberintos	178
3. Espejos	184
4. Mapas	197
5. Cuchillos	209
6. Relojes	214
BIBLIOGRAFÍA	223

*A mis amigos, que deciden
generosamente iluminarme*

Prólogo

Una revelación

«Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura. Tales acusaciones (que yo castigaré a su debido tiempo) son irrisorias».¹ El Minotauro recibía a *los otros* con una pasión «amistosa» y mortal, destrozando en el laberinto a todos hasta que la astucia de un «sutil hilo» permitió acabar con la aberración. Miguel Antón Moreno ha tenido el coraje de Teseo para convertir la «generosa iluminación de los amigos» (a los que dedica este libro) en un extraordinario *elogio de la lectura*. No es nada fácil soportar y asumir la «angustia de las influencias» y, sobre todo, si el *poeta fuerte* es Borges, ese artífice (cuestionador de la autoría en términos mucho más sutiles que los formulados por Foucault) especulativo y fascinado por los espejos, que puede producir efectos paralizantes. La lúcida ceguera borgeana tiene algo, por paradójico que suene, de medusea. Como apuntara Augusto Monterroso, en *Lo demás es silencio*, el encuentro con los textos del argentino puede llevar a abandonar inmediatamente la escritura o a convertirse en un seguidor devocional o un plagiario, modalidades también de la

1 Borges, J. L. (1971): «La casa de Asterión», en *El Aleph*, Madrid, Alianza Editorial, p. 69.

deserción literaria. Tenía razón, tal vez, John Barth cuando citaba a Borges en su ensayo sobre la literatura del agotamiento en una clave que enlaza, en cierto sentido, con los acontecimientos «terminales» de plegamiento de modernidad-y-posmodernidad;² pero, sobre todo, lo que experimentamos en las «especulaciones» de *La memoria de Borges* es que el placer del texto puede intensificar la experiencia del tiempo.

Miguel Antón Moreno consigue, a la manera de Perseo, protegerse con un «escudo-especular» de la Gorgona que no es ya tanto un rostro atroz con cabellos serpentinos, sino una biblioteca que se expande infinitamente y nos devora en un instante. Sin ningún género de dudas, este joven ensayista ha experimentado el *rapto de los libros* y sabe que ahí surge tanto el delirio quijotesco cuanto el afán de conseguir asumir un comportamiento heroico desde la melancolía. Con astuto comportamiento hermenéutico ha convocado a múltiples escritores, entretejiendo sus reflexiones en un laberinto que funciona como una «casa de citas», en una escritura que tengo que elogiar como ejemplarmente perversa y divertida. Afortunadamente deja de lado la pedantería del

2 Cfr. Barth, J. (2000): «Retorno al postmodernismo», en *Textos sobre el postmodernismo*, León, Ed. Universidad de León, p. 49. Barth publicó su ensayo «The Literature of Exhaustion» en 1968 y causó gran revuelo con indicación de que «puede ser que la época de la novela como la forma de arte haya terminado». El escritor norteamericano compartía con Borges la concepción del texto como materia en proceso de composición, fruto de la colaboración entre el autor y el lector que es, a la postre, quien evita que la literatura se agote.

«academicismo» de los arcontes (pretendidamente) borgeanos y no pretende ser un neocabalista ni el (patético) heredero de los dones de aquel bibliotecario que, en una decisión administrativa cuasisurrealista, tuvo que asumir la función de inspector de gallináceas.

En las páginas de este libro, escrito por un pensador que entrelaza la pasión musical con la voluntad teórica, detecto un afán de ir más allá de la *experiencia crepuscular*, esto es, liberándose de la «grisura» filosófica. El aleteo del búho de Minerva o, mejor, la *demora hegeliana* es citada por Miguel Antón Moreno para ponerse en marcha sin nostalgia; lo que *ex-cita* a este escritor son las potencialidades ficcionales de la filosofía y, como titula un capítulo, ese «viceversa» que tiene que seguir siendo pensado. No basta con re-citar sarcásticamente aquello de que «la metafísica es una rama de la literatura fantástica», sino que tenemos que intentar realizar, como propusiera Derrida (ferviente admirador, por cierto, de Borges) una deconstrucción de los límites de las disciplinas y, por tanto, de la (vieja) idea del *canon occidental*.

Para alguien que ha nacido en la época del triunfo de lo algorítmico, desplazándose con la ayuda, cuando lo haya estimado oportuno, del GPS, la cartografía puede ser perfectamente algo que se abandone a la erosión en los más inclementes desiertos. Escribir un ensayo en la estela borgeana supone asumir la pérdida (definitiva) *del rigor en la ciencia*. El *remake* de *El hacedor* que Miguel Antón Moreno realiza evita el literalismo fervoroso o la comunión acrítica.

Es evidente que ha recorrido con pasión muchos «anaqueles» de la biblioteca babélica, pero eso no le convierte en un monje, a la manera de *El nombre de la rosa*, dispuesto a custodiar el venenoso libro de la comedia. Las vibrantes páginas de este ensayo transmiten una extraordinaria pasión, un deseo de generar algo diferente o, por lo menos, jugar con los reflejos y las anamorfosis, insistiendo en el cuestionamiento de semejanzas y similitudes. La *enciclopedia china* que fascinara a Foucault y que acompaña a *Las meninas* velazqueñas en el comienzo de *Las palabras y las cosas* sigue removiendo las certezas.³

En este caso la escritura no puede ser descrita, a la manera del *Fedro* platónico, como un hijo bastardo que carece de legitimidad, de la misma forma que tampoco «guarda silencio» cuando es interpelada. Miguel Antón Moreno no se comporta de forma tan «inquietante» como san Ambrosio (leyendo en completo silencio), sino que pone a dialogar los textos, monta una conversación con autores a los que rinde entusiasta admiración, hace *oír su voz* sin miedo ni precipitación idiotizante. En las páginas de *La memoria de Borges* están «convidados», entre otros, Jenófanos, Julio Ramón Ribeyro, David Hume, Maquiavelo, Hegel, Goethe, Kafka, Richard Sennett,

3 Foucault comienza declarando que su libro «nació de un texto de Borges. De la risa que sacude el leerlo, todo lo familiar al pensamiento —al nuestro: al que tiene nuestra edad y nuestra geografía—, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de seres, provocando una larga vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y lo Otro» (Foucault, M. [1984]: *Las palabras y las cosas*, Barcelona, Ed. Planeta-De Agostini, p. 1).

Flaubert, Cicerón, Ortega y Gasset, Schopenhauer, Foster Wallace, Frege, Ricardo Piglia o Fredric Jameson. Presente «de claro en claro» Cervantes y su pionero repliegue literario. Entre todos los citados me llama poderosamente la atención la aparición de José María Bellido Morillas, un erudito al que me atrevo a calificar como «heterodoxo» que, como Miguel Antón Moreno, está también entregado a la tarea de fijar su *biblioteca ideal*.

Confieso que, como Borges, tengo cierta atracción por lo misceláneo y disfruto más de las «mezclas heterogéneas» que de la tratadística obsesionada con el sistema; tal vez sea un signo de mi «desvergüenza» académica o de la ya vieja pasión por el *Ecce Homo* nietzscheano. No tenemos, afortunadamente, la memoria de Funes, si bien nuestra mente funciona como un *wunderblock*,⁴ ese lugar

4 «*Double bind*, doble banda de papel: “capacidad de recepción ilimitada y conservación de huellas duraderas [afirma Freud] parecen pues excluirse en los dispositivos mediante los cuales proveemos a nuestra memoria de un sustituto. Es preciso o bien renovar la superficie receptora, o bien aniquilar los signos registrados”. Entonces, en el mercado, el modelo técnico del *Wunderblock* permitiría, según Freud, superar ese doble constreñimiento y resolver esa contradicción, pero con la condición de relativizar, por así decirlo, y de dividir en sí misma la función del papel propiamente dicho. Solo entonces “ese pequeño instrumento promete hacer más que una hoja de papel o la tablilla de pizarra”. Porque el bloc mágico no es un bloc de papel, sino una tablilla de resina o de cera de castaño oscuro. Solo está *bordeado* de papel» (Derrida, J. [2003]: *Papel máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas*, Madrid, Editorial Trotta, pp. 217-218).

donde puede quedar la huella de lo que, en algún momento, fue trazado. Tenemos tanto la memoria, en clave freudiana, de una gratificación arcaica como el deseo de que las cosas no sigan así, esto es, queremos mostrar que el desastre puede ser evitado. El mapa, valga la apelación borgeana, no es ni mucho menos el territorio. Necesitamos no tanto una brújula infalible, cuanto el coraje para desplegar relatos inevitablemente «delinquentes». ⁵ Todavía hay enigmas que desvelar *en el laberinto*. ⁶

Los artistas y los pensadores, tras el interludio estético posmoderno, tienen que aprender a jugar en la complejidad de las «esferas» que conforman el mundo. ⁷ No tenemos que sentir pánico porque la

5 «Si el delincuente solo existe al desplazarse, si tiene como especificidad vivir no al margen, sino en los intersticios de los códigos que desbarata y desplaza, si se caracteriza por el privilegio del *recorrido* sobre el estado, el relato es delincuente» (De Certeau, M. [2000]: *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, Ed. México, Universidad Iberoamericana, p. 142).

6 «La historia milenaria de la imagen del laberinto revela que a lo largo de su larga vida el hombre se ha sentido fascinado por algo que de algún modo le habla de la condición humana o cósmica» (Eco, U. [1997]: «Prólogo», en Santarcangeli, P., *El libro de los laberintos*, Madrid, Siruela, p. 14).

7 «A la pregunta de inspiración gnóstica *¿dónde estamos cuando estamos en el mundo?* es posible darle una respuesta actual competente. Estamos en un exterior que sustenta mundos interiores. Con la tesis de la prioridad del exterior ante los ojos ya no hace falta proseguir con las ingenuas indagaciones acerca del posicionamiento del hombre en el cosmos. Es demasiado tarde para volvernos a soñar en un lugar bajo los caparazones celestes, en cuyo interior fueron permitidos sentimientos de orden hogareño. Para los iniciados ha desaparecido el sentimiento de

circunferencia esté en todas partes y el centro no sea localizable. El laberinto-biblioteca nos incita a continuar la errancia. La *fulgurante*⁸ escritura ensayística de Miguel Antón Moreno toma a Borges como *pre-texto* para componer un «canon personal» que implica activar la biblioteca o, en otros términos,

seguridad dentro del círculo máximo y, con él, el viejo cosmos mismo, acogedor e inmunizante. Quien quisiera todavía dirigir su vista afuera y hacia arriba se internaría en un ámbito deshabitado y alejado de la tierra para el que no hay contornos relevantes. También en lo más pequeño de la materia se han descubierto complejidades en las que somos nosotros los excluidos, los alejados. Por eso tiene hoy más sentido que nunca la indagación de nuestro “dónde”, puesto que dirige al lugar que los hombres crean para tener un sitio donde poder existir como quienes realmente son. Ese lugar recibe aquí el nombre de *esfera*, en recuerdo de una antigua y venerable tradición. La esfera es la redondez con espesor interior, abierta y repartida, que habitan los seres humanos en la medida en que consiguen convertirse en tales. Como habitar significa siempre ya formar esferas, tanto en lo pequeño como en lo grande, los seres humanos son los seres que erigen mundos redondos y cuya mirada se mueve dentro de horizontes. Vivir en esferas significa generar la dimensión que pueda contener seres humanos. Esferas son creaciones espaciales, sistémico-inmunológicamente efectivas, para seres estáticos en los que opera el exterior» (Sloterdijk, P. [2003]: *Esferas I*, Madrid, Siruela, p. 37).

8 «Llamaré pues *fulgor* al acontecimiento de verdad que surge en el umbral de lo “oscuro” y de la “claridad”. Llamaré *fulgor* al advenimiento del “realismo impracticable” que constituye ese bajo relieve plegado de la tumba de Leyde. El fulgor no es ni la oscuridad ni la luz, sino lo improbable en su encuentro, de su umbral, el momento de su reversión conjunta, el *relámpago* de su inversión» (Didi-Huberman, G. [2015]: *Fasmas. Ensayos sobre la aparición*, Santander, Ed. Shangrila, p. 215).

sedimentar por medio de la escritura el placer de la lectura. Sin duda es una exageración considerar que «el mundo existe para llegar a un libro»,⁹ pero no es menos cierto que lo *fantástico* o, me atrevo a añadir, lo estético puede, a la manera nietzscheana, justificar la existencia. Borges caracterizó el hecho estético como «la inminencia de una revelación que no se produce»¹⁰ citando previamente la felicidad, la mitología, la música, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares; aquello, en definitiva, que no queremos ni podemos olvidar. Acaso lo escrito tenga que ver con el deseo de no olvidar la dicha que un texto nos proporcionó, ejerciendo su potencia esa memoria que mantiene visible lo esencial, incluso cuando la oscuridad se apodera del mundo. En definitiva: una *revelación*.

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

9 Borges, J. L. (2019): «El culto de los libros», en *Otras inquisiciones*, Barcelona, Debolsillo, p. 283.

10 Esa es la frase final del ensayo «La muralla y los libros» con el que comienza *Otras inquisiciones* de Borges, un texto de 1950 que podría servir como *cifra hermenéutica* de las brillantes especulaciones de Miguel Antón Moreno.

Nota preliminar

En resumen la vida de Borges fue el rapto de los libros. Podría decirse que Borges fue un personaje paralelo de Cervantes, un don Quijote que también «se enfrascó tanto en la lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio» (Cervantes, 1998: 33); pero al que, sin embargo, no «se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio» (Cervantes, 1998: 33), sino que más bien fueron sus ojos los que se secaron y volvieron turbios, terminando por perder la vista. Al contrario que don Quijote, que «lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos» para salir a buscar aventuras, lo primero que hizo Borges fue desempolvar la biblioteca de su padre, que se convirtió para siempre en su refugio particular. En el diálogo con Osvaldo Ferrari, al preguntarle sobre su poema *Lectores*, Borges dijo lo siguiente: «Alonso Quijano tomó la decisión de ser don Quijote, y salió de su biblioteca. En cambio, yo soy un tímido Alonso Quijano que no ha salido de su biblioteca, o librería, como se decía entonces» (Borges y Ferrari, 2005a: 196). Incluso cuando viajaba por Argentina para dar sus conferencias o en sus largas estancias en Europa también estaba arropado por el aura protectora de su biblioteca, que no era

solo la de su padre que empezó a leer de niño, ni la Miguel Cané donde por primera vez fue bibliotecario, ni la Nacional de la que años después fue director, ni tampoco la suya personal, que fue edificando a lo largo de su vida, sino todas ellas juntas. Y no como una mera recopilación de vanos objetos de papel, que en sí mismos, sin la dedicación y el talento que exigen no valen de nada (algo que ya dejó claro Luciano de Samósata).¹¹ Borges se refugiaba en la biblioteca en cuanto idea, como lo hace el héroe en la idea de justicia, el político en la idea de deber, el científico en la idea de descubrimiento o el filósofo en la idea de verdad. La biblioteca era para Borges un refugio porque en ella su vida quedaba justificada y cobraba valor, sin necesidad de salir a buscarlo fuera.

La primera tarea será ir buscando lo que se esconde bajo esa idea de biblioteca, cuál es su sentido, de qué se compone, qué es aquello que la sustenta a lo largo del tiempo y la puede hacer perdurar toda la vida, en la de Borges y en cualquiera. Para esto sería necesaria una vida infinita, dado que las bibliotecas también lo son. Recordemos que a la Biblioteca Nacional entran dos copias de cada uno de los libros que se publican en nuestro país; desde la propia BNE se reconoce que ofrecer el número exacto de documentos que almacenan sus depósitos es imposible, ya que es una cifra en continua evolución, aunque calculan que *grosso modo* debe haber unos

11 Véase *El bibliómano ignorante* (Errata Naturae) o *Luciano de Samósata, Obras, II, 31, Contra un ignorante que compraba muchos libros* (Gredos).

treinta y cuatro millones. Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, habiendo vivido solo cuarenta y nueve años, escribió una obra de una extensión inabarcable. La producción literaria de Corín Tellado consta de unas cinco mil novelas, lo que significa que escribió sesenta y dos al año, unas cinco al mes, asumiendo que empezara a escribir el mismo día de su nacimiento.¹² Y Philip M. Parker, con más de 200 000 libros, es seguramente la persona que más obra ha sido capaz de generar en la historia, eso sí, mediante un algoritmo que de forma automática crea textos a partir de bases de datos e Internet.

Frente a ese laberinto parece razonable comenzar elaborando un cuaderno de pistas, que inevitablemente acabará componiendo lo que será un primer capítulo y finalmente un libro, a pesar de saber de antemano que el camino que recorreremos será circular, porque planteará nuevas incógnitas y acabará añadiendo otro volumen más a alguna incommensurable biblioteca.

12 Véase: Bueno, G. (1998): «Prólogo. Las novelas de amor de Corín Tellado desde la dialéctica ética-moral», en González García, M. T., *Corín Tellado, medio siglo de novela de amor (1946-1996)*.

I

LA BIBLIOTECA DE BORGES:
DEL DONOSO Y GRAN ESCRUTINIO

En primer lugar no deberá el Poeta moderno haber leído ni leer nunca a los Autores antiguos Latinos o Griegos. Pues tampoco los antiguos Griegos o Latinos han leído nunca a los modernos.

BENEDETTO MARCELLO

No pienso documentarme mucho. Si Homero lo hubiera hecho no sé si hubiera creado *La Ilíada*.

JORGE LUIS BORGES

Borges perseguía con esfuerzo contagiarse por completo de la substancia de los libros, como para despertar un buen día convertido en uno: «Mis libros (que no saben que yo existo) / son tan parte de mí como este rostro / de sienes grises y de grises ojos» («Mis libros»; Borges, 2019g: 423). Es fácil imaginar a Borges como el protagonista de un cuento de Kafka, en el que sería tal vez un primo lejano de Gregor Samsa y se habría transformado en un volumen fastuoso de una antigua enciclopedia británica, en lugar de en un asqueroso escarabajo.

En el curso de mi larga vida creo no haber leído cien volúmenes, pero he hojeado algunos más. Ante todo, enciclopedias, que desde Plinio a Brockhaus, pasando por Isidoro de Sevilla, por Diderot y por la undécima edición de la británica, cuyos lomos dorados imagino en la inmóvil penumbra de la ceguera. (Borges, 1985: 4)

La pasión de Borges por las enciclopedias fue algo que inundó su obra hasta el final de sus días. En un cuento tardío, titulado *El Congreso*, leemos lo siguiente:

[...] el Congreso no podía prescindir de una biblioteca de libros de consulta [...] los atlas de Justus Perthes y diversas y extensas enciclopedias, desde la *Historia naturalis* de Plinio y el *Speculum* de Beauvais hasta los gratos laberintos (releo estas palabras con la voz de Fernández Irala) de los ilustres enciclopedistas franceses, de la *Britannica*, de Pierre Larousse, de Brockhaus, de Larsen y de Montaner y Simón. Recuerdo haber acariciado con reverencia los sedosos volúmenes de cierta enciclopedia china, cuyos bien pincelados caracteres me parecieron más misteriosos que las manchas de la piel de un leopardo. [...] La biblioteca del Congreso del Mundo no podía reducirse a libros de consulta y las obras clásicas de todas las naciones y lenguas eran un verdadero testimonio que no podíamos ignorar sin peligro. («El Congreso»; Borges, 2019a: 450)

La pesadilla de Borges consistiría entonces en descubrir que su mayor deseo, alcanzar la discreción y la modestia del tomo de una infinita enciclopedia, es también el mayor de sus temores. Habitar un polvoriento estante emparedado y camuflado entre sus clones, entre una caterva de infinitos gemelos idénticos, iguales también a él mismo, constituiría para Borges la mayor de las torturas. Pensemos en los volúmenes de los que se compone la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (primera biblioteca pública de España), que por no llevar el título en el lomo están colocados al revés, de manera que quedan a la vista sus majestuosas páginas doradas, todas resplandecientes e iguales.

Esa especie de monismo metafísico que encarna su biblioteca, donde al contrario que en el idílico mundo de Leibniz no habría mónadas (o en este caso libros) que presidiesen, sería insoportable para él en caso de que se cumpliera. Dos siglos antes, como hablando en boca de todos los escritores habidos y por haber, reconocía Hume, el filósofo de las pasiones (y bibliotecario como Borges), que su pasión más imperiosa era el ansia de fama literaria:

Ni siquiera el ansia de fama literaria, mi pasión dominante, ha agriado en ningún momento mi carácter, a pesar de mis frecuentes desengaños [...]. Estaba, lo confieso, particularmente entusiasmado por mis expectativas de éxito de esta obra. Como el tema era accesible a cualquier inteligencia, ya me esperaba yo la aclamación correspondiente. Pero cuán desdichada no sería mi desilusión: fui embestido por un clamor de reproches, condenas y hasta odios [...]. Yo, que hace unos minutos afectaba modestia, ahora estoy dispuesto a mendigar un encomio más al precio que sea [...]. Lo que más me mortificó fue que, una vez apagados los primeros arrebatos de furia, el libro pareció hundirse en el olvido. (Hume, 2004: 28)

A Theodor Adorno también le preocupó en algún momento este asunto. En *Minima Moralia* dedica un pasaje a examinar el mecanismo que rige lo que denomina la muerte de la mortalidad: «Flaubert, de quien se refiere la afirmación de que él despreciaba la fama, sobre la que asentó toda su vida, se encontraba en la conciencia de semejante contradicción

tan a gusto como el burgués acomodado que una vez escribió *Madame Bovary*» (Adorno, 2021: 104). Adorno explica que la fama, en este caso literaria, había funcionado durante un tiempo como el resultado de una serie de procesos objetivos dentro del contexto del mercado que todavía dejaba cierto margen a las voluntades individuales para decidir libremente a quién se le otorgaba reconocimiento. Sin embargo, esa libre elección llegado un punto habría sido anulada. La aniquilación de las voluntades sería la consecuencia del desarrollo y la sofisticación de los órganos propagandísticos, alimentados a base de talonario, cuya eficacia sería proporcional a la inversión en el nombre propio ejercida por los grupos financieros interesados en su encumbramiento. Pero estos mecanismos, aunque puedan servir a ciertos fines y ser útiles en un determinado contexto, a la postre acaban desvelando su naturaleza artificiosa:

Se compra ahora a los lacayos de los trusts la expectativa de la inmortalidad. Vana ilusión. Como la memoria caprichosa y el completo olvido siempre han ido juntos, la disposición planificada sobre la fama y el recuerdo conduce irremisiblemente a la nada. Los célebres no se sienten del todo bien. Hacen de sí mismos artículos de mercado y se hacen a sí mismos extraños e incomprensibles, como imágenes de muertos vivientes. En el pretencioso cuidado de sus aureolas desperdician la energía eficaz, única que podría perdurar. [...] La inhumana indiferencia y el desprecio que automáticamente cae sobre las derrumbadas grandezas de la industria